

KAZANTZAKIS Y BERSON: FIGURAS DEL TIEMPO

M Cristina Sánchez León

EMUI_ EuroMed University¹

Resumen.- Las diversas figuraciones del tiempo, como una especie de “a través” de la vida humana, han estado presentes en obras de reconocidos escritores como Camus y Kavafis y, por supuesto Kazantzakis, sólo por mencionar algunos. A su vez, estas figuraciones del tiempo, no han dejado de resonar en nuestros oídos la presencia odiseica desde que Homero hablara. Por su parte la cercanía que establece Bergson justamente con Nikos Kazantzakis, hace que las memorias del tiempo como Bergson, puedan ser comprendidas desde el viaje y la resurrección. Desde una mirada a *La vida y hechos de Alexis Zorba* y *La última tentación de Cristo* y *La Evolución* creadora de Henri Bergson, este texto quiere explicitar una de las posibles formas de comprender el tiempo de los hombres como un viaje que no termina, sino que simplemente se figura.

Palabras clave.- *tiempo, viaje, resurrección, creación, Kazantzakis, Bergson*

Abstract.- The various configurations of the time as a "through" human life, have been present in works by renowned writers such as Camus and Cavafy and Kazantzakis course, just to mention a few. In turn, these figurations of time, they have continued to resonate in our ears since the presence of Homer. Meanwhile the closeness Bergson rightly states with Nikos Kazantzakis, makes memories of time as Bergson, they can be understood from the trip and resurrection. From a look at the *Life and deeds of Alexis Zorba* and *The Last Temptation of Christ* and *The Creative Evolution* by Henri Bergson, this text wants to explain one of the possible ways of understanding human time as a journey that does not end, but simply figure.

Keywords.- *Time, trip, resurrection, creation, Kazantzakis, Bergson*

*María estaba en el pequeño patio de su casa, sentada en un escabel; hilaba. Aún había luz; era verano y la claridad se retiraba lentamente de la superficie de la tierra; diríase que no quería irse (...) María hilaba y su espíritu daba vueltas a un lado y a otro junto con el huso; los recuerdos se confundían con los ensueños, su vida estaba hecha a medias de verdades y a medias de leyenda, las humildes tareas cotidianas se repetían durante años y de pronto como un pavo real tornasolado que nadie esperaba, llegaba el milagro para cubrir su vida de miseria con largas alas de oro. [N. Kazantzakis. *La última tentación de Cristo*, p. 6]*

*Tal es el artificio del cinematógrafo. Y tal es también el de nuestro conocimiento. En lugar de ligarnos al devenir interior de las cosas, nos colocamos fuera de ellas para recomponer su devenir artificialmente. Tomamos vistas casi instantáneas de la realidad que pasa, y, como ellas son características de esta realidad, nos basta enfilaslas a lo largo de un devenir abstracto, uniforme, invisible, situado en el fondo del aparato del conocimiento, para imitar lo que hay de característico en este devenir mismo (...) el mecanismo de nuestro conocimiento usual es de naturaleza cinematográfica. [H. Bergson, *La evolución creadora*, p.700-701]*

¹ <http://www.ucm.es/emui/m-cristina-sanchez-leon>

El origen del afecto entre los extraños, la sonrisa del demonio que en ocasiones nos constituye, una almohada hecha de mechones conocidos en sentido bíblico, en sentido bíblico conocidos, avanzar sin freno cuando hay una pendiente peligrosa, el brote de miedo ante la decisión. Al lado, el fragmento de una película que no sabemos si es de horror, la cámara se pone en marcha y a partir de allí creemos. Las preguntas que potencian esa relación entre Kazantzakis y Bergson, no pueden moverse en dirección distinta a las estructuras del tiempo vivido, tiempo continuo aunque oscilante, tiempo no eterno sino fracturado, tiempo escénico, finalmente. Aparecen ante la conciencia del lector, dos escenas iniciales: el encuentro en el Pireo, puerto por lo demás familiar para los filósofos, por ser el fondo de la conversación sobre la justicia que sostienen dos amigos que responden a los nombres de Sócrates y Glaucón, y el sueño profundo del que se ofrece a Dios aún si saber las exigencias de un ofrecimiento. En un fondo de la escena está el puerto, lugar finalmente de eterno desencuentro y en el otro, se halla el sueño, figura auténtica de la libertad.

Hablo aquí de dos obras de Kazantzakis, que hoy guiarán esta exposición: *La última tentación de Cristo*, (1951) y *La vida y hechos de Alexis Zorba* (1946). Sin embargo, no podríamos pensar que el lenguaje de cada una de las obras es excluyente con un modo particular de leer el tiempo; aquel tiempo evolutivo que traza su camino en virtud de la relación que tenemos con las cosas. Pensar a Kazantzakis y a Bergson en diálogo interminable, implica pues hacer una apuesta por un modo de preguntar por el tiempo y sus destinos, por la fuerza de la experiencia y por el contraste que adquieren las acciones como narraciones completas. De la mano de *La evolución creadora* de Henri Bergson, obra publicada en 1907, podremos propiciar un diálogo siempre y cuando no pretendamos salir del tiempo, no del propio, no del de los personajes que nos ocupan la noche de hoy, sino de las figuras del tiempo que nos aparecen: el tiempo del viaje, el tiempo de la resurrección y el tiempo de la creación.

Tiempo del viaje:

Vale decir antes de entrar a discutir sobre tales figuras que ello nos puede permitir evidenciar una común situación: a nuestros ojos, y desde una corta perspectiva, podríamos pensar que la última tentación de Cristo, entraña toda su materialidad en que es la última, en que el final es lo definitivo, y ello ya nos pone en una situación de desventaja, pues precisamente es allí donde el mundo de lo humano se abre como absoluto, allí lo absoluto es partida, es inicio, es comienzo. La última tentación es la tentación última, en el sentido del tiempo total, del tiempo que se hace real precisamente porque lo último es lo primitivo, lo primero, el fundamento. El tiempo que vivimos y solemos conocer, no nos sirve para entender lo último como principio. En contraste, el tiempo de la libertad nos lo permite todo, pero no porque todo nos sea permitido sino porque nos permitimos la noción del todo. Por otro lado, pero quizá en una misma dirección podríamos detenernos en el Kazantzakis que cuenta la historia de una amistad, pero ¿el encuentro en un puerto no pone en juego más bien la idea de un viaje que pone en ejecución la vida?

Sostengo que la amistad no es un viaje en Kazantzakis, me arriesgo a pensar más bien que el viaje es la oportunidad para volverse amigo de sí mismo. Nuevamente interioridad y reflexión se vuelven aportes del cuerpo-alma a la escena del diálogo con un extraño. Quizá el flujo incesante de la complicidad de los amigos radica en la conservación del otro como un extraño, ver al otro como un continuo exilio. No hablo de la soberbia que aporta la individualidad del viajero, hablo más bien de la *oportunidad* de los amigos: aquellos amigos que lo son de sí mismos cuando aportan la creación que da el viaje. El viajero afortunado y perspicaz conoce la virtud de la ataraxia y la virtud del ascetismo. Kazantzakis nos muestra que solo el asceta sabe viajar porque nada es esfuerzo: "Aquello había terminado. Zorba juntó herramientas, cable vagonetas, hierro viejo, maderos y fue apilándolos en la playa, de donde se los llevaría un cacique poco después.

-Todo eso es tuyo, Zorba; yo te lo doy. ¡Buena suerte!

Zorba se llevó la mano al cuello, como para ahogar un sollozo.

¿Nos separamos? -murmuró- ¿A dónde piensas irte patrón?

Iré a países extranjeros Zorba. Todavía le quedan muchos papeluchos que roer a la cabra que alienta en mí.

-¿No te has enmendado patrón?

-Si, Zorba, gracias a ti; pero quiero hacer con los libros lo que tú con las cerezas; dame tal atracón que me provoque vómitos y me quite las ganas.

-Y qué será de mi cuando te vayas patrón?

-No te aflijas Zorba, volveremos a encontrarnos, y ¡quién sabe! tan fuerte es la voluntad del hombre, que sin duda, un día realizaremos nuestro grandioso proyecto: edificaremos un lugar propio para hombres libres; y en él tú guardarás la puerta, Zorba; de tu cintura penderán las grandes llaves que lo abran y lo cierren" p. 713 - 714.

La vida del chipriota es la vida del exilio, del extranjero, o del extraño, yo creo que es la vida del que viaja. La danza encuentra lo que se ha ido.

Tiempo de la Resurrección:

Todo sería más fácil si la serpiente no nos hablara al oído, todo sería más fácil si con la voz que toca el pecho no nos mostrara el mundo. La figura de Cristo no es para Kazantzakis la figura de lo santo, se acentúa una mística que no es propia de la voluntad sino del fallecimiento continuo, interminable, quizá por eso no hay muerte real, consciente. La muerte, diremos es una puerta que se abre. La figura de la tentación es la entrada a sí mismo con el total desconocimiento, desconocimiento que es necesario para la reinención. Aquí no hay duelos, porque no hay memoria, y no hay memoria porque no hay escenas de olvido, ni de pasado. Hay una vida para un hombre que resiste a lo humano, y quizá allí radica el entero reto del tiempo de Cristo, pues no hablamos con nuestro filósofo cretense, del habitar el sufrimiento ni del habitar el padecimiento: el tiempo que inaugura este Cristo es el tiempo que recuerda la voz de Magdalena: "no quiero morir, la vida es hermosa, no quiero morir" p. 191.

Nuestra constante pregunta parece ser cuál es tiempo de la resurrección si para ello hay que morir y la respuesta parece simple: no hay tentación más grande que vivir. Nos han enseñado que la resurrección es el triunfo sobre la muerte, pero es curioso que la obra de Kazantzakis nos enseñe que no hay triunfo porque no hay lucha, hay humanidad declarada, libre de modo absoluto.

El tiempo de la resurrección es el tiempo de la tentación última: la vida, la vida que decide quedarse, asirse, puedo ser Cristo porque soy el indicado para vivir y lo puedo decidir. Hay que decidir salvar a Magdalena dice la serpiente y luego en otro momento es Cristo quien afirma: "¡Cambio de cuerpo y cambio de alma" Soy feliz al sentirme entre vosotras! Declaro la guerra al ayuno, a la virginidad y a la pobreza. El ama es una fiera llena de vida y quiere comer. Y esta boca que veis entre mi barba y mis bigotes es su propia boca; mi alma no tiene otra boca. En el seno de cada mujer reside un niño mudo y encogido: ¡que vea el día! La mujer que no da a luz, mata. ¿Lloras Maria?

-Qué otra respuesta podría darte Maestro? Las mujeres solo sabemos llorar.

Martha abrió los brazos y dijo: Las mujeres somos dos brazos incurablemente abiertos. Entra rabí, siéntate y ordena. Eres el amo.

El rostro de Jesús resplandecía:

Ya no lucho con Dios -dijo- nos hemos reconciliado. Ya no fabricaré cruces, fabricaré amasaderas, cunas y tablados para que los saltimbanquis entretengan a los chicos" 517 -518. El tiempo de la resurrección es el tiempo de la tentación porque la vida es resistencia pura, el Cristo de Kazantzakis es el Cristo que *decide* serlo. No hay más elección que la de sí mismo.

Tiempo de la creación:

Este es el vínculo con Bergson, influencia determinante en el trabajo de Kazantzakis. Y ello no supone apelar a la filosofía sino a la imaginación y a la consideración que Bergson hace sobre el tiempo en *La evolución creadora*.

Encontrar una relación entre NikosKazantzakis y Henri Bergson, no sólo es una tarea que deleita sino que exige. Deleita la comprensión morbosa del origen de la torpeza humana al creer que la intuición se vuelve una especie de extrasentido que en nada se relaciona con el pensamiento. Exige trasladar los predicados de los discursos sobre la temporalidad, al terreno de las imágenes como manifestación de la vida.

Para Bergson, no es posible concebir la vida sin la duración y ello se traduce en la consideración de la intuición como una instancia unificadora: ¿no es acaso la obra de Kazantzakis una forma de entender cómo se interviene activamente lo vivo? no se nos hace cercana una suerte de intuición compartida la vida como devenir? Para Bergson, el sentido real de la evolución no se compara a un avance o progreso en el dominio de la razón; la evolución se halla y se alcanza en la profundización del devenir y esto ya nos instala en una tarea que aunque difícil le compete de modo estricto a la filosofía. Cuáles sean los tipos de preguntas que se hace la filosofía, no es asunto que nos ocupe ahora. cuál sea el tipo de inteligencia que se soporta en la obra del

francés, es una pregunta a la que hay que responder con total resolución: la inteligencia es el trato con lo vivo y la creación literaria es la señal de ese yo que dura porque cambia.

Los que creemos que entre filosofía y literatura existe una relación que como muchas, la mayoría de las ocasiones, se pretenden evitar, confiamos en que el terreno de la emoción y de la experiencia mística instalan una moral abierta que se da como experiencia plenamente intuitiva: "Busquemos en lo más profundo de nosotros mismos, el punto en que nos sentimos más interiores a nuestra propia vida. Y entonces nos sumiremos en la pura duración, una duración en la que el pasado, siempre en marcha se nutre sin cesar en un presente absolutamente nuevo. Pero al mismo tiempo sentimos que se alarga, hasta su límite extremo, el resorte de nuestra voluntad. Es preciso que por una contracción violenta de nuestra personalidad sobre sí misma, reunamos nuestro pasado que se oculta, para empujarlo compacto e indiviso, hacia un presente que creará con su misma introducción en él. Muy raros son los momentos en que nos dominamos de nuevo a nosotros mismos en este punto: forman una unidad con nuestras acciones verdaderamente libres. entonces no nos mantenemos nunca completamente enteros". p. 611.

Diríamos que nada más libre que conferir a la evolución creadora el valor de una temporalidad que trabaja para la génesis de un porvenir. Recordemos, hay que volver a lo último porque allí reside el fundamento. Nuestros maestros se encuentran allí.

Testificamos nuestra vida cuanto más profundicemos en la naturaleza de nuestro tiempo propio. La duración parece ser entonces el tiempo de la libertad y ello, en virtud de que el presente no contiene nada más que el pasado. Que sea imaginar y que sea la comprensión del tiempo es una tarea de quien ha de hacerse cinematógrafo de su experiencia. decidimos el tiempo y la escena, decidimos como aparecer y en qué plano movernos, nuestra respuesta estética se alía así con nuestra respuesta moral y mística, y esto comporta el modo como percibimos los contornos visibles de los cuerpos, pues ellos no son cosa distinta a la acción eventual que ejercemos sobre ellos. Producimos formas desde el cuerpo, imaginamos el movimiento y por eso así lo sentimos, y allí no morimos, allí vivimos y habitamos, ¿para qué más libertad?.

Bibliografía:

- Kazantzakis, Nikos. (1.989) *La última tentación*. Ediciones Lerner: Bogotá
Kazantzakis, Nikos. (1.985) *Alexis Zorba el griego*. Alianza Editorial: Buenos Aires
Bergson, Henri. (1959) *La evolución creadora*. Aguilar: México